
“Si ustedes son el cuerpo de Cristo y sus miembros, sobre la mesa del Señor está puesto el misterio que ustedes mismos son: reciben el misterio que ustedes son. A eso que son, respondan “Amén”, y al responder (así) lo revalidan. Escuchan, pues: “Cuerpo de Cristo”, y responden: “Amén”. Sean miembros del cuerpo de Cristo, para que su “Amén” responda a la verdad”.

— San Agustín

a mi prójimo, quien quiera que este sea, con un corazón fervoroso?

EL RITO DE LA COMUNIÓN

Después de la plegaria Eucarística, la Iglesia comienza la celebración del rito de la Comunión. Si nos basamos solamente en el contexto, podríamos ver este momento como una ocasión para preparar a cada persona individualmente para recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Pero esto no es suficiente. Mediante su recepción personal del Cuerpo y la Sangre de Cristo, la Iglesia se une y recuerda una vez más que fue creada para ofrecer esta comunión de amor a toda la familia humana.

La Iglesia comienza el rito de la Comunión con el Padre Nuestro. Estas palabras que Jesús nos dio demandan que nos dirijamos a Dios, no en primera persona, sino en plural. Dios es el Padre de toda la familia humana, que nos brinda el pan de cada día y que nos pide que moremos juntos en una comunión de amor. Debemos perdonar a los demás todos los días, así como Dios nos perdona. Recibir la misericordia divina significa también ofrecerla a toda la familia humana.

El saludo de la paz prolonga este llamado a la comunión. Este saludo no es un momento para simplemente

dar un beso a nuestro cónyuge o a nuestros hijos, sino que es el llamado a convertirnos en la comunión que vamos a recibir. Si deseamos recibir el amor de Cristo, debemos crear un espacio en nuestro corazón para amar a toda la familia humana.

En este momento de la Misa, comenzamos a prepararnos para recibir el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Cantar el himno del Cordero de Dios es un acto de fe. Lo que vemos en el altar parece pan y vino, pero en realidad se trata del Cordero de Dios, que derramó su sangre por la familia humana. Estamos llamados a celebrar un banquete, una fiesta, no a vivir en medio de la violencia y los vicios. Esta es la fiesta de los que se reúnen en torno al amor apacible del Cordero inmolado.

Ninguno de nosotros es digno de este amor, de esta comunión que nos lleva a la unidad con Dios y con los demás. Por esta razón, pedimos que, así como Jesús entró a la casa del hombre que no podía caminar, también entre en nuestro hogar.

Cada uno de nosotros recibe el Cuerpo y la Sangre de Cristo. La Iglesia requiere que lo recibamos sin pecado. Esto no significa que Jesús no pueda con el pecado, sino que estamos recibiendo todo el amor que puede llenar el corazón humano. Si recibimos este amor sin saber lo que estamos haciendo, separados de la comunión con la Iglesia, no podemos beneficiarnos de este regalo.

Este momento de la Misa necesita y requiere un poco de silencio. No se trata del silencio de una persona que está sentada y aislada de los demás, sino que es un silencio común de aquellos que reflexionan juntos sobre el regalo de amor

que acaban de recibir.

Este momento de silencio concluye con una oración, una bendición. Luego se nos envía a adorar al Dios vivo en el mundo. Al haber recibido este don de comunión, estamos llamados a convertirnos en esta misma comunión para nuestros hermanos necesitados. Para muchos de nosotros, la oportunidad se presentará inmediatamente en nuestros hijos que nos pedirán de comer justo después de la Misa. O quizás será nuestro cónyuge que sufre de demencia y requiere que nos sentemos a su lado.

En otras ocasiones, tendremos que ir a lugares en los que podremos ofrecer ese amor. Tendremos que pedir la gracia de Dios mediante la oración para amar a ese compañero de trabajo que es tan molesto, o para dar perdón cuando es difícil hacerlo.

La comunión de la Misa no se supone que nos afecte solamente de forma individual. Estamos llamados a ofrecer nuestras vidas a Dios, a hacer de toda nuestra vida un sacrificio Eucarístico.

DISPUESTOS A COMULGAR

De algún modo, recibir la Comunión es el momento más íntimo de la Misa. Es algo personal que nos permite experimentar los frutos del sacrificio de Jesús en nuestros propios labios. Comemos y bebemos la presencia del Dios vivo.

Pero esa comunión no solo se trata de una experiencia individual, un regocijo interior que sucede al margen del resto de la familia humana. Al haber celebrado el banquete del Cuerpo y la Sangre de Cristo, esta comunión se convierte en un sacrificio de alabanza para el mundo.

